

EL TÁBANO*

Ernest Gellner murió en Praga, la ciudad donde transcurrió su infancia, en 1995. Dejó un gran legado intelectual, unos veinte libros (dos póstumos) y gran cantidad de artículos académicos y periodísticos, a menudo provocadores y polémicos. En todos ellos luce su peculiar y brillante inteligencia. Gellner escribió sobre una sorprendente cantidad de cuestiones pertenecientes a diversas disciplinas, sin que la unidad de su pensamiento se haya visto afectada por ello. La segunda de sus obras póstumas, *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma*** (1998), recoge los fundamentos de sus teorías. Se trata de una obra de síntesis, reconstruida por su hijo David a partir de diversos manuscritos; lo más parecido a una autobiografía intelectual que Gellner escribiera jamás. En ella aúna filosofía y antropología e interpreta el contexto de la Europa central en la que se crió, yuxtaponiendo las ideas de Wittgenstein, su «bestia negra» de toda la vida, a las de Malinowski, un autor al que admiraba enormemente y al que debe su giro de la filosofía a la antropología.

Según Gellner, que expone todas las opiniones, el «dilema de los Habsburgo» fue una confrontación entre atomistas y organicistas que «se entreveró con las alianzas y odios de la política y la vida cotidiana». En su opinión, lo que denominaba la «visión del mundo atomista-universalista-individualista» se contraponía a la «visión comunitario-cultural». Afirma que Wittgenstein se vio atrapado en esta oposición y oscilaba involuntariamente entre un polo y otro. Su atomismo lógico inicial expresaba la «soledad del ego trascendente» y reflejaba la visión del mundo de «un individuo solitario que reflexionaba sobre cómo podría “expresar” o reflejar el mundo a través de su mente o el lenguaje». En cambio, incorporó a su filosofía posterior «la idea populista de la autoridad de cada cultura concreta en relación al problema del conocimiento» y llegó a la conclusión de que la humanidad vive en comunidades culturales o, en palabras del propio Wittgenstein, son «modos de vida» autárquicos, autorreferenciales en su legi-

* John Hall, *Ernest Gellner: An Intellectual Biography*, Londres y Nueva York, Verso, 2010, 400 pp.

** Hay edición castellana de esta obra: *Lenguaje y soledad: Wittgenstein, Malinowski y el dilema de los Habsburgo*, Madrid, Síntesis, 2002 [N. del T.].

timación, lógica y normativamente finales». En cambio Malinowski lograba evitar la tiranía planteada por esta dicotomía, pues fue capaz de combinar un empirismo radical con la labor de campo etnográfica, el método científico de la antropología con «un sentido funcionalista y romántico de la unidad y la interdependencia de la cultura». En relación al lenguaje, Malinowski admitía (aunque luego se desdijera erróneamente) que, a pesar de la importancia de los usos y contextos, la ciencia y la filosofía tendían a liberarse del contexto. Y en relación al nacionalismo afirmaba que la única esperanza era «limitar el poder de las naciones y permitir, de hecho incentivar, la perpetuación de aquellas culturas locales en cuyo seno los hombres hayan vivido una vida plena en libertad, privando a las fronteras de su importancia y potencial simbólico».

Como demuestra John Hall en su exitosa biografía intelectual, Gellner hizo suyas estas posturas (aunque, paradójicamente, *Language and Solitude* es una de las pocas obras de las que Hall apenas se ocupa). Descendía de judíos germano-parlantes y laicos, su padre tuvo que aprender checo tras la creación del nuevo Estado checoslovaco. Gellner emigró a Inglaterra en marzo de 1939, a los trece años de edad. Fue al colegio en St. Albans y luego ingresó en Oxford, aunque tuvo que interrumpir sus estudios por la guerra. Participó en el asedio de Dunquerque junto a la Brigada checa. Después pasó por un breve periodo formativo en la Praga ocupada por los soviéticos. Tuvo una destacada carrera académica, primero en Edimburgo y luego, durante treinta y cinco años, en la London School of Economics, en Cambridge, y de nuevo en Praga tras 1993. Decía haberse beneficiado de sus primeras experiencias. En una entrevista concedida a John Davis cuando aún era muy joven, señaló: «Careciendo de fe creo entender (...) lo que querían decir Hume, Descartes y Kant. Buscaban los fundamentos del saber y nunca fueron miembros de una comunidad; su marginalidad me hizo comprender (...) lo que es anhelar esa comunidad». En una respuesta a sus críticos afirmaba que de la Praga de su juventud recordaba la diferencia entre los intelectuales urbanos y «el hombre ideal tal y como lo concebía el populismo romántico que prevalecía en la literatura, el arte e incluso la política o la filosofía». Al parecer fue esto lo que le decidió a realizar trabajo de campo y elegir un lugar apropiado:

Quando vi las aldeas bereberes del Atlas central, donde las viviendas están literalmente encajadas unas en otras y el estilo es totalmente homogéneo, comprendí que me hallaba ante una *Gemeinschaft* y supe en el acto que deseaba saber desesperadamente lo que ocurría *en su seno*, en la medida en que un extranjero pudiera llegar a saberlo.

Es evidente que, como señalara Perry Anderson, su experiencia personal le llevó a una consideración mucho menos intensa y exaltada del compromiso nacionalista que la de Max Weber, otra de las grandes luminarias de su firmamento intelectual. Lo que Gellner defendía era el nacionalismo limitado y liberal de la República checa de Masaryk, es decir:

La aceptación de «modos de vida» que abarcan desde el estilo culinario a la forma del saludo y desde los papeles pintados para la pared a los rituales políticos o las relaciones personales. Pero esta aceptación nunca debe llevarnos al aura de lo absoluto; es una aceptación irónica, tentativa, opcional y, sobre todo, discontinua, cargada de conocimiento serio y basada en una convicción real. En el seno de esta limitada esfera de la «cultura» reina el relativismo, pero, en el ámbito de la convicción seria, el relativismo no es una opción para *todos nosotros*.

Estas frases reflejan el compromiso que Gellner mantuvo toda su vida con la «ética de la cognición» dedicada a esa «noción de una verdad capaz de trascender a la cultura» que defendía en *Legitimation and Belief* (1974), donde afirmaba que «todas las ideas, datos e investigadores son iguales. Las exigencias cognitivas han de competir y enfrentarse a los datos en términos de igualdad sin que quepa construir teorías circulares o autolegitimadoras». Si queremos obtener ese «conocimiento que da poder» debemos, en palabras de Hall, «actuar asumiendo que hay leyes impersonales, frías y ordenadas que rigen el mundo». Esta idea de que el conocimiento legítimo, centrado en la ciencia y sus aplicaciones, excluye a las jerarquías y autoridades cognitivas (conclusión a la que llega por influencia de otro autor al que admiraba: Karl Popper) permitió a Gellner criticar durante años a los relativistas, idealistas, subjetivistas, interpretativistas, construccionistas sociales, etnometodólogos, posmodernos y otros defensores del «conocimiento local», de Peter Winch a Clifford Geertz; en su opinión todos herederos del segundo Wittgenstein y admiradores del sentido común a nivel local. También le llevó a ser lo que Hall denomina «el azote de los teóricos del reencantamiento». Sin embargo, por admirable que pueda ser, su defensa suscita un gran problema, el de los valores, que, según admite Gellner mismo al final de *Language and Solitude*, «instilan culturas variables y contingentes». ¿Acaso no pertenecen a la esfera de las «convicciones serias»? ¿No plantean un problema al «racionalismo fundamentalista ilustrado» que Gellner defendía en su *Postmodernism, Reason and Religion** (1992)? Después de todo, los pensadores ilustrados a los que admiraba eran universalistas y, sobre todo, moralistas. Y, como bien señala Hall, «el mundo de estándares relativos» era totalmente inaceptable para Gellner.

El gran logro de Hall ha sido poner en paralelo las ideas y la vida de Gellner. Lo ha conseguido basándose en gran cantidad de memorias personales y entrevistas. Se trata de material de archivo, en el que destacan una serie de aforismos que Gellner escribiera en su juventud y a los que Hall denomina «Las Notas», en las que se perfilan algunas de las derivas de su pensamiento posterior y están repletas de chascarrillos académicos igualmente importantes. Sus comentarios a las ideas de Gellner también son muy pertinentes: menciona sus escritos secuencialmente y los sitúa en su contexto intelectual. Hall desgrana cuidadosamente las controversias sus-

* Hay edición castellana de esta obra: *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona, Paidós, 1994 [N. del T.].

citadas por las ideas de Gellner documentando su recepción e implicándose en ellas vigorosamente en ocasiones. De ahí que se obtenga una imagen muy vívida, no tanto por la forma en que se exponen las ideas (que tiende a ser elíptica) como por su forma de afrontarlas. Debemos rendir tributo a Hall por su habilidad como biógrafo intelectual, pues la voz de Gellner no deja de resonar a lo largo de todo el libro, sin que por ello se obvien sus errores y limitaciones.

En principio, Gellner defendía ideas políticas liberales y socialdemócratas además de, como menciona en una carta dirigida a Anderson, «profundamente filisteas». Estaba dispuesto a «pagar el precio de la vulgaridad a cambio de paz, una prosperidad razonablemente distribuida e igualdad. «Si Dios me obligara a elegir por la humanidad entre la Viena de 1905 y la de 1975, creo que optaría, no sin cierta amargura, por 1975.» A lo largo de los años se fue haciendo más tolerante con la desigualdad y más conservador (según su hija Margaret estuvo enamorado de Margaret Thatcher) pero no menos liberal. Criticó a los intelectuales de 1968 y a los posteriores y, más tarde, arremetió contra el fundamentalismo islámico y el nacionalismo post-soviético, esta vez con más miedo y ansiedad. Hall habla de lo poco que le gustaban la hermenéutica, el marxismo y el catolicismo, en opinión de Gellner los pilares del pensamiento de Charles Taylor. Pero su relación con el marxismo era compleja. No le gustaba lo que calificaba de idealismo del marxismo occidental en relación a la primacía causal de los factores culturales, pero le fascinaban los esfuerzos, que apoyaba sin reservas, de los antropólogos soviéticos por rescatar las teorías marxistas analizando las transiciones entre modos de producción. Hall se deja en el tintero una dimensión muy significativa: la actitud e ideas de Gellner sobre las mujeres. El tema solo se toca al hilo de una anécdota sobre la respuesta que diera a la línea de pensamiento feminista planteada por la American Anthropological Association, cuyos miembros le preguntaron por qué no prestaba atención al papel desempeñado por las mujeres en la evolución histórica que analizaba en su *Plough, Sword and Book** (1988). Según Hall «su tendencia a decir siempre lo que pensaba le llevó a contestar a quien planteaba la pregunta que no tenía nada en contra de las mujeres pero que no creía que tuvieran nada que ver con la evolución histórica, lo que causó un pequeño alboroto».

Conocemos su carácter gracias a los recuerdos de amigos y colegas. Ronald Dore, que esperaba con impaciencia que llegara a la London School of Economics, recuerda que «fue de Ernest de quien aprendí a ignorar las tribus en las que se dividían las disciplinas. Era un francotirador académico, un entusiasta cazador que se reía de las vallas y los guardabosques». Su colega en la LSE, David Glass, recuerda que «no sabía si la próxima revolución se debería a la derecha o a la izquierda pero sí que, en cualquier

* Edición castellana: *El arado, la espada y el libro: la estructura de la historia humana*, Barcelona, Edicions 62, 1994. [N. del T.]

caso, él sería el primero al que fusilarían». Y Tom Nairn, un colega de sus últimos días en Praga, le recuerda como «indomable y carente de limitaciones hasta el final de sus días». Afirma que en las conversaciones que mantuvo con él en su último año de vida afloró la misma mezcla de falta de respeto, humor malicioso, ideas profundas y aguda rectitud algo conservadora de la que hiciera gala veinte años antes. Según su biógrafo le gustaba aprender y contar chistes y estaba convencido de poder inventarse los mejores, como éste: «¿Ha oído lo último sobre Bourdieu? Ha decidido eliminar la primera sílaba de su apellido...».

Gellner empezó siendo un filósofo pero, para cuando se unió al Departamento de Sociología de la LSE, prácticamente había renegado de su tribu y tendía a la antropología. Irrumpió de forma explosiva en la esfera pública con *Words and Things: A Critical Account of Linguistic Philosophy and a Study in Ideology** (1959). Era una denuncia satírica de lo que calificaba de complacencia de los filósofos de Oxford, tributarios del segundo Wittgenstein, que «disolvían» los problemas filosóficos apelando a los usos del «lenguaje ordinario para dejarlo todo como está». Criticaba su falta de curiosidad hacia el mundo y los hallazgos de la ciencia. En el fondo se trataba de un estudio antropológico en el que los retrataba como a los «Narodniks del norte de Oxford», proveedores de «formas filosóficas adecuadas para caballeros». El libro se convirtió en una *cause célèbre*. Bertrand Russell escribió un prefacio laudatorio, Gilbert Ryle se negó a reseñarlo en *Mind* y muchos filósofos contestaron a sus acusaciones en cartas abiertas y revistas. (Por cierto, otra anécdota personal: recuerdo haber visto *Jumpers*, la obra satírica de Tom Stoppard sobre la filosofía académica con Gellner y haberle preguntado qué pensaba de ella. Su respuesta fue: «Se publica cualquier cosa».)

Bromas aparte, Gellner desarrolló un interesante argumento en su ensayo «Concepts and Society», que escribiera junto a Winch y otros, sobre la función social de la ambigüedad y la contradicción entre conceptos, a partir del concepto bereber de *baraka*. La idea central de Gellner era que, como bien señala Hall, había que mirar «tras los símbolos y la expresión», juzgando el mundo interno desde un punto de vista externo. En su opinión, es «la falsedad de ciertas creencias la que nos permite investigar cómo se sostienen». Según Hall, fue esta idea la que le convirtió en un brillante sociólogo de las ideas. Tanto *Thought and Chance* (1964) como *Legitimation of Belief* (1974) son obras programáticas, caricaturas en realidad, que nos permiten juzgar sus afirmaciones. En el primero de los libros se habla de la «ética cognitiva» que mencionábamos antes, a la que se llega «elaborando un mapa de la epistemología moderna». En mi opinión defiende mejor esta postura en su elegante estudio *The Psychoanalytic Movement* (1985). Por aquellos años Gellner se distanció de Michael Oakeshott y sus ataques al racionalismo y, a lo largo de su vida, no dejó de mostrar su desprecio

* Edición castellana: *Palabras y cosas*, Madrid, Tecnos, 1963. [N. del T.]

hacia el pensamiento de Isaiah Berlin, que creía basado en sus ideas sobre la identidad judía y el pluralismo de valores.

En 1953, cuando escribía su tesis doctoral, dirigida por Raymond Firth, dio el giro hacia la antropología. Su estudio se publicaría bajo el título *Saints of the Atlas* (en 1969). Esta tesis doctoral es el punto de partida de gran parte de los mejores trabajos posteriores de Gellner. En ella hacía uso de la teoría de la segmentación de Evans-Pritchard y de la teoría de la circulación tribal de las elites de Ibn Khaldun, lo que le permitió ligar la solidaridad tribal a la vida urbana. Despertó su interés por la modernización y el desarrollo, los modelos de la sociedad islámica y el nacionalismo. Bien se puede decir que estos temas han dado lugar a sus contribuciones más significativas. Hall los categoriza en capítulos titulados «La forma de la historia», «La sociología del islam» y «Teoría general del nacionalismo», lo que resulta muy útil para el lector.

El texto clave de Gellner sobre la modernización es su filosofía de la historia contenida en *Plough, Sword and Book*. Lo fundamental es su teoría del paso de la *agraria* a la *industria*, la huida de un mundo en el que la realidad se aprehendía desde un «submarino dotado de un multiperiscopio, al mundo moderno de conocimiento estandarizado, “aprehensible con las mandíbulas”» (las figuras retóricas de Gellner no siempre parecen muy afortunadas). Usa otra metáfora, la de «la gran zanja», para referirse a lo que separa lo moderno de lo premoderno. En general, el libro da cuenta del auge de Occidente al estilo weberiano. No parte de una lógica evolucionista sino de lo que Hall denomina «una curiosa concatenación de circunstancias», de factores que interfieren unos con otros. La ideología desempeñaba un papel causal fundamental pero adoptó formas benignas debido a que el pluralismo político preexistente mantenía a raya los sueños teocráticos, fomentaba la tolerancia e incentivaba la investigación científica y el crecimiento económico. El poder cognitivo y su difusión masiva desempeñaban un papel crucial en esta historia a la que Gellner describía como un «protestantismo genérico» capaz de desacralizar el mundo y de fomentar el método científico «convirtiendo a la ordenación de los hechos creativos en la única prueba de su diseño». (La «deidad rígida y austera no tenía favoritismos en el terreno cognitivo y no desvelaba sus secretos caprichosamente»). Esto conducía a una interacción entre el crecimiento cognitivo y el económico. Al repasar las diversas críticas que se han hecho a Gellner, Hall le defiende tíbilmente de las acusaciones de eurocentrismo (aunque evidentemente es eurocéntrico) y prefiere centrarse en lo que denomina «trazas de saintsimonismo» o en la influencia que ejerciera sobre él Raymond Aron (otra de las figuras centrales para Gellner), que le llevó a hablar del «potencial de las modernas sociedades industrializadas para estabilizarse y hallar un punto de equilibrio». Pero, como muy bien señala Hall, «no se puede entender el mundo moderno sin tener en cuenta la dinámica de la sociedad capitalista». Gellner asumía que siempre se podría llegar a acuerdos corporativos y en general su teoría, en la que no hay ni rastro de factores geopolíticos, subestimaba seriamente la inestabilidad de la sociedad capitalista.

Gellner desarrolla su filosofía del islam sobre todo en *Muslim Society* (1981), donde ofrece un modelo de la civilización islámica que va más allá de cualquier Estado concreto. Incorpora las teorías de circulación de elites de Ibn Khaldun, la teoría antropológica de la segmentación, y lo que denominaba «la sociología de la religión de Hume», que partía de la imagen de un péndulo en perpetuo movimiento que oscilaba entre el mono-teísmo entusiasta y las supersticiones pluralistas. En opinión de Gellner el islam podía ofrecer una alternativa (*Ersatz*) a la ética protestante «descolgando el péndulo» y adaptándose a la modernidad pero resistiéndose a la secularización. Siendo una gran tradición basada en el derecho, la alfabetización y la disciplina, en su opinión «el escriturismo igualitario se adapta mejor a sociedades tan móviles y tecnológicas como las nuestras que el *brokerage* espiritual adscriptivo, interpuesto y manipulador». Creía que el islam podría sobrevivir en un entorno industrializado, conservando las Escrituras como núcleo y deshaciéndose de estilos periféricos basados en la superstición y otros añadidos que no le hacen justicia. Hall cita a Patricia Crone y su defensa de este modelo en la medida en que identifica un «síndrome» manifestado por los hombres santos del Oriente Medio más «tribal» que surge de «la dispersión del poder característico de la organización segmentaria». Pero, ¿cómo podemos casar este punto de vista con la idea de la «gran zanja» que implica que necesitamos a la ciencia si queremos mantener el desarrollo económico? En segundo lugar, como bien señala Hall, Gellner comete el doble pecado de generalizar en exceso y definir por su cuenta la esencia del islam moderno. Afirma que tampoco explica la pobre actuación en el terreno económico de muchos Estados musulmanes porque excluye el impacto de la geopolítica y, de hecho, de los factores políticos en general.

Sin duda, el mayor logro de Gellner es su «teoría general del nacionalismo», que expone por primera vez con toda claridad en *Thought and Change*. Es una teoría general y, por eso mismo, especialmente vulnerable (una virtud popperiana que agradaba mucho a Gellner). En su opinión, el nacionalismo surge cuando se da un desarrollo desigual, cuando imperios centralizados, *megalomanía*, alienan y humillan a minorías lingüísticas, «ruritanos», en sus intentos por modernizarlas, lo que las lleva a querer crear Estados-nación. He aquí su formulación más detallada:

En ciertas circunstancias, las fuerzas políticas y económicas, las aspiraciones de los gobiernos a acrecentar su poder y de los individuos a enriquecerse más, han dado lugar a un mundo con una acusada división del trabajo y una estructura ocupacional muy inestable en la que la mayor parte del trabajo es de base semántica o comunicativa más que físico. Esta situación conduce, a su vez, a la adopción de una lengua estandarizada y codificada, vinculada a la alfabetización, a un idioma («culto»). Se exige su uso en todo tipo de negocios, lo que reduce a las personas que no lo dominan (y por lo tanto no resultan aceptables para los que sí lo usan) al humillante estatus de miembros de segunda, una situación de la que a menudo se ha querido huir adoptando políticas nacionalistas.

Con esta formulación Gellner quería demostrar que su teoría era causal y no funcionalista, proponiendo que son las necesidades las que dan lugar a lo que puede satisfacerlas, algo que se ha criticado mucho pero de lo que, tanto Hall como yo, tendemos a absolverle en gran medida. Hall demuestra que la teoría de Gellner parece más adecuada que otras, como la de Elie Kedourie, que se centra en el decisivo papel desempeñado por las ideas, o la de Anthony Smith, que considera que un núcleo étnico primordial resulta esencial para el éxito y la viabilidad del Estado-nación moderno. («Algunas naciones», escribe Gellner, jugando a los debates teológicos en torno a si Adán tenía *umbilicus* o no, «unas tienen ombligo, otras lo crean, a algunas se les impone... no tiene excesiva importancia. Lo significativo es la necesidad de ombligos que ha engendrado la modernidad».) Hall recalca la importancia de la teoría sobre el nacionalismo de Gellner pero señala, una vez más, que no presta la debida atención al conflicto geopolítico y pone en duda la asunción, crucial para Gellner, de que una sociedad que quiera funcionar exitosamente en un entorno moderno debe partir de la homogeneidad cultural y lingüística.

Hall concluye su libro reflexionando en torno a la respuesta que da Gellner al conflicto entre las exigencias de racionalidad científica, a las que brinda su más pleno apoyo, y los llamamientos comunitarios al nacionalismo, que intentó entender y explicar: el dilema de los Habsburgo de *Language and Solitude*. Creía que, a medida que evolucionara la lógica de la «sociedad industrial» podría domarse el nacionalismo pero, al final de su vida, le preocupaba que éste no fuera el caso en el mundo islámico. No cabe duda de que se trata de cuestiones cuya relevancia aún exige una solución urgente. Gellner nos obliga a reconsiderarlas desde las páginas del libro de Hall.